

# Más memorias menos olvido.

**Bernardo Barragán Castrillón<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> PhD. Profesor Titular de la Universidad de Antioquia. Director-Editor de la Revista Digital Educación y Territorios.

Las dos preguntas que orientan el trabajo de Ricoeur en: La Memoria, la Historia, el Olvido (Ricoeur, 2004), a saber: ¿de qué hay recuerdo? Y ¿de quién es la memoria? Nos plantean uno de los problemas más interesantes de nuestro presente alrededor de lo que recordamos y de a quienes recordamos. Interesante, por lo que somos como sociedad en Colombia. Una sociedad hecha de olvido y de negación de la memoria, especialmente de aquellos que podemos llamar precisamente “los olvidados”.

La memoria es un acto colectivo y en este sentido es fundamental a la hora de entendernos como pueblo y de hacer el ejercicio sobre lo que queremos guardar y lo que queremos olvidar, en ese tránsito entre lo uno y lo otro, recogemos la mirada que tenemos sobre nosotros mismos y especialmente de lo que queremos que se vuelva memoria, lo que supone a su vez, también, qué queremos poner en el olvido. Podría decirse que la memoria está hecha de olvido, esto es, cuando ponemos algo en la memoria ponemos algo en el olvido.

Es ahí donde se encuentra uno de los grandes dilemas al momento en que una sociedad decide tener memoria de un acontecimiento, no en el sentido de un hito histórico oficial, sino de aquello que rasga la historia de un pueblo y lo modifica sustancialmente, llevando consigo la transformación de los hombres y mujeres que lo habitan. Este dilema plantea la pregunta por quiénes narran la memoria, esto es, quiénes la cuentan, sobre todo porque es en esa subjetividad narrativa donde ocurre el olvido. Quién cuenta lo que está pasando decide sobre lo que las generaciones tendrán en la memoria alrededor de lo que pasó y está ocurriendo. Esto sugiere una intención, cuyo problema es que quienes narran, en un efecto perspectivista, cuentan solamente aquello que quieren que se sepa.

Entonces aparece el olvido, esa otra cara de la memoria, que se vale de múltiples estrategias para que algunos no tengan voz para contar su propia historia. Enumeremos algunas de esas estrategias: la primera, tiene que ver con creer que existen algunos que están calificados oficialmente para contar lo que pasó y están otros que no pueden contar su historia porque no califica como oficial; la segunda estrategia tiene que ver con un sesgo académico, que sugiere que existen unos profesionales dignos de contar lo que pasó, mientras descalifican las historias populares que recogen esa “otra memoria”; y por último, el orden político define ideológicamente qué memoria deben tener los pueblos y qué debe ponerse en el olvido. Como estas tres estrategias podríamos enumerar muchas más y escribir un libro que se llame “Las estrategias del olvido”, en el que se muestre, precisamente, que la pregunta por quienes escriben la memoria, para qué y qué cuentan, es una pregunta esencial a la hora de comprender el valor que esta tiene en la constitución no solo de una sociedad, sino también de los territorios que la delimitan y de las subjetividades que las constituyen.

En ese sentido los diarios oficiales, las revistas académicas, los medios de comunicación de masas hacen apología de la “memoria” y ponen en el olvido “las memorias” que se cuentan en los cantos populares, en los carnavales, en las historias de vida, en la vida de los maestros y maestras y en los “papeles grises” que resisten las formas hegemónicas. Esas formas del olvido, como las he querido llamar, son las que queremos enfrentar, además, porque tienen un componente que es importante no dejar pasar, se trata del centralismo que pone al territorio en la periferia y con él a aquellos y aquellas que lo encarnan.

Sí, la memoria es colectiva, pero también tiene que ser plural. De tal manera, como ya lo anunciaba un poco antes, ya no se trata de la “memoria” sino de las “memorias”, es así como es necesario pasar a otras formas de narrar lo que somos para que a su vez en esa polifonía que se forma aparezcan las “memorias”

como antídoto contra el olvido. Por eso ahora ya no será solamente la palabra sino también la música, el canto, la fotografía, el cine, la voz, la que cuente la historia que nos pone al margen del olvido. Tal como señalan las profesoras Zuluaga y Marín (2006):

La primera observación se refiere a que no recordamos solos, lo hacemos con ayuda de otros. Los recuerdos personales se encuentran inevitablemente inscritos en relatos contados por otros, en relatos colectivos reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas de acontecimientos seleccionados arbitrariamente para destacarse, los cuales se leen como definitorios del curso de la historia de las sociedades. (p. 70)

Quizá lo más importante para una sociedad que quiere mantener viva su historia para reconocerse en ella, pero también para transformarla, es tener los lugares para las memorias, formas alternativas de producir “memorias” que nos permitan reconocer cómo hemos ido siendo, pero también qué estamos comenzando a ser. De Perogrullo sería decir que una sociedad que quiere hacer “memorias” necesita narradores, pero para ser narrador se requieren modos y formas para narrar, libertad para contar nuestras historias y reconocimiento de que son más importantes las historias que la “historia”.

Las “memorias” de estos narradores lo que hacen es construir la historia, óigase bien, no reconstruir la historia de lo que nos ha pasado y nos está pasando como experiencia, para así poder contarla, y que juegue en el ajedrez político y social al que no puede escapar y del cual tiene que ser performativa. Así cada subjetividad como parte de la colectividad tiene que ser lugar de memoria y resistencia contra el olvido. Cuando se olvida corremos el riesgo de repetir las violencias en todas sus formas posibles, o cuando se cuenta la

historia en una sola perspectiva corremos el riesgo de ver el mundo de manera unilateral, cuestión que no hace más que destruir la pluralidad tan necesaria en el presente.

*La Revista Digital Educación y Territorios (RDET)* inaugura en este número una nueva sección que hemos llamado “memoria y territorios”, que tiene como propósito recoger las historias que en los territorios se producen como formas de resistencia contra el olvido, como un modo opuesto a lo hegemónico, contra tanta naturalización de la experiencia y en ese sentido esperamos que sea un espacio de apertura del espectro de lo que somos como sociedad.

En este número hemos querido iniciar con un relato de la ya larga historia de violencia en Colombia y especialmente del Urabá antioqueño, con un relato lleno de barbarie, injusticia, y miseria que rodea la masacre de Punta Coquitos en Turbo (Antioquia), en el corregimiento de Currulao, cometida por los paramilitares al mando de Fidel Castaño. Una maestra en formación nos cuenta esa historia y nos deja con el sabor y la sensación de que esto no puede volver a suceder, y que ya no queremos ni el olvido ni la repetición. Estas líneas que a continuación copio nos dejan avasallados por la crueldad de esta guerra que ya no queremos más.

El 11 de abril de 1988 más de 30 paramilitares al mando de Fidel Castaño se llevaron, dejando familias, esposas, padres, hijos e hijas en el dolor de la pérdida inevitable, a 26 campesinos de la vereda Punta Coquitos en el Municipio de Turbo en el Urabá Antioqueño. Los “paras” que vestían prendas del ejército, quemaron las casas de las víctimas antes de irse del caserío y luego asesinaron a los campesinos en los cinco días siguientes, los cuales fueron apareciendo a lo largo y ancho de una playa cercana y en la vereda Nueva Colonia.

# Referencias

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. FCE.

Zuluaga, L., & Marín, D. L. (2006). Memoria colectiva memoria activa del saber pedagógico. *Revista Educación y Ciudad*, (10), 63-86.